

ARTÍCULO

SOBRE LA AMISTAD LITERARIA E INTELECTUAL

DE DOS QUE NUNCA SE ENCONTRARON

MARÍA CECILIA SALAS GUERRA



EDICIÓN NÚMERO 2 / ENERO - JUNIO DE 2015
ISSN 2389 - 9794



SOBRE LA AMISTAD LITERARIA E INTELECTUAL

DE DOS QUE NUNCA SE ENCONTRARON¹

MARÍA CECILIA SALAS GUERRA

1. Este texto fue presentado en el ciclo: *Los "autores" de Foucault*, programado por la Facultad de Artes y Humanidades del ITM y la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Biblioteca Pública Piloto, mayo 21 de 2014.



*¿Qué está en juego por el hecho
de que exista algo así
como el arte o la literatura?*

Blanchot, 2008, xii

*Nunca he escrito más que ficciones
y soy perfectamente consciente de ello. [...]
Pero creo que es posible hacer que funcionen
ficciones en el interior de la verdad.*

Foucault, 1979

Resumen

Michel Foucault reconoce en Maurice Blanchot un compañero invisible y un hermano mayor, un amigo ausente y una escritura del afuera que, junto con la de Bataille y la de Klossowski, contribuyó a deshegelianizar el pensamiento francés y a evidenciar que la literatura ocupa en la modernidad el lugar de la filosofía, en cuanto se convierte en el espacio de las “elecciones originales” más decisivas para Occidente. Este texto esboza los términos de la amistad literaria e intelectual en la que se vinculan ambos pensadores, comprometidos con la escritura y con el *deseo de saber*, lo cual se convierte –por singulares caminos en cada uno- en *saber del deseo*.

Résumé

Michel Foucault reconnaît à Maurice Blanchot un partenaire invisible et un frère aîné, un ami absent et une écriture d’hors qui, avec Bataille et Klossowski, a contribué à minimiser l’influence de Hegel dans la pensée français et à démontrer que la littérature occupe dans la modernité le lieu de la philosophie, en ce qui devient l’espace des “élections originaux” plus décisives pour l’Occident. Ce texte esquisse les termes de l’amitié littéraire et intellectuel qui lient les deux penseurs, attachés à l’écriture et avec la volonté de savoir, ce qui devient -par uniques routes dans chacun- à savoir le désir.

1. La insensatez de escribir

De Mallarmé a Blanchot, la escritura literaria es trabajo y “potencia singular”, es experiencia y pregunta que no se llega a formular o que permanece reverberante en un habla otra: plural y discontinua, escarpada y ahuecada, huidiza y plena de vacío. La escritura no supone, por tanto, la expresión de una interioridad riquísima y fecunda, ni el producto de la labor de un sujeto considerado autor o dueño de un sentido, ni el incremento de ser para quien escribe; ni la ganancia, para quien lee, de un mundo más pleno o más justo, más familiar o solidario, más confortable o más ordenado. Se trata más bien de una experiencia en la que se constata “el error” –como señala Blanchot en “Mallarmé y el arte denovelar”- de creer: “que el lenguaje sea un instrumento del que el hombre dispone para actuar o para manifestarse en el mundo; en realidad, es el lenguaje el que dispone del hombre, garantizándole la existencia del mundo y su existencia en el mundo” (Blanchot, 1977, p. 179).

A partir de Mallarmé la escritura literaria detenta una singular “posición de soberanía”, desde donde es posible despejar la ardua pregunta largamente escamoteada por “una tradición secular de esteticismo”, a saber: “¿Qué está en juego por el hecho de que exista algo así como el arte o la literatura?” (Blanchot, 2008, p. xii). En ese espacio –aunado a determinados discursos y posibilidades de saber y de poder-, se han creado las condiciones para que surja “*la cuestión del lenguaje*”, y mediante esta, aquella otra cuestión más radical, que probablemente altera la del lenguaje mismo, que consiste en lo que se nombra con la palabra más sencilla y “neutra, la más reservada y casi irracional: *escribir*, «ese insensato juego de escribir»” (Blanchot, 2008, p. xiii).

No se trata entonces de la escritura al servicio de una finalidad práctica, o del pensamiento idealista o moralizante, sino de la escritura consagrada a sí misma, en su desnudez y reverberación, sin alegar o defender una identidad y liberando poco a poco perspectivas muy diversas; pero, sobre todo:

Una manera anónima, distraída, diferida y dispersa de ser en relación con la cual todo es puesto en tela de juicio, y en primer lugar, la idea de Dios, del Yo, del Sujeto, después de la verdad y de lo Uno, y después de la idea del Libro y de la Obra, de tal modo que esta escritura





(comprendida en su enigmático rigor) lejos de tener como objeto el Libro, marcará más bien su final: escritura que se podría denominar fuera de discurso, fuera de lenguaje.² (Blanchot, 2008, p. xiii)

Desde *Falsos pasos* (1943) hasta *La conversación infinita* (1969), pasando por *La parte del fuego*, *El espacio literario* y *El libro por venir*, Blanchot se somete o se expone a la experiencia del lenguaje y de la escritura sin miramientos, por decirlo de alguna manera. De ello es expresión toda su obra de ficción, desarrollada igualmente desde los años 40. No es extraño pues que ese compromiso lo lleve a develar lo que hay en la escritura de “fuera de discurso y fuera de lenguaje”; es decir, de experiencia abisal o de juego insensato, ya desatado por demás desde Hölderlin, Nietzsche, Mallarmé, Nerval... y en el cual ingresan Artaud, Kafka, Char, Musil, Beckett, Duras... y Blanchot mismo, decidido a sostener con esas voces una conversación infinita. De las páginas del pensador francés emana por tanto un habla plural que se impone como extravío, errancia, habla del fragmento, entre lo neutro y lo Otro. Esto permite decir que la literatura insiste como experiencia de lo extraño, de lo desconocido como tal desconocido –como se resalta en el diálogo con René Char-, del deseo como lo imposible –y de ello da cuenta el decir fluido y excesivo de Marguerite Duras... Espacio extraño, en todo caso, que Blanchot designa como la parte del fuego: el afuera, el derecho a la muerte, etc. En esa conversación en torno a la insensatez de escribir se teje pues la obra, tanto crítica como de ficción de Blanchot, acrisolando hasta lo imposible todas estas nociones esquivas, provocadoras y escandalosas para el pensamiento: lo neutro, lo Otro, el desastre, el afuera... y el habla del fragmento como el habla que les corresponde.

En esa deriva la literatura no se puede entender como el despliegue de una acción para el mundo práctico, moral o político; tampoco se agota o pretende explicar o conducir hacia una pura comprensión, puesto que alberga lo inexplicable. Más bien, la literatura expresa sin expresar y cede la palabra al “murmullo en la ausencia de habla”; por ello está vinculada

2. Curiosamente, para Jacques Lacan, el *delirio es un fuera de discurso, pero no de lenguaje*, deslizamiento significante imposible de anudar, persistencia de un habla ajena a la intencionalidad y a la búsqueda de sentido..., palabra desatada y a la deriva sin un yo en posición de *autor* que la regule o que ejerza *autoridad*.



a la extrañeza y constituye un poder sin poder, impersonal o neutro, del cual está cautivo el escritor. Dicho de otro modo, su poder está en que:

Juega a trabajar en el mundo y el mundo toma su trabajo por un juego nulo o peligroso. Se abre una vía hacia la oscuridad de la existencia y no logra pronunciar el «Nunca más» que suspendería su maldición. ¿Dónde está pues su fuerza? ¿Por qué un hombre, como Kafka [Beckett, Pessoa, Duras...], juzgaba que si tenía que malograr su destino, en ser escritor residía para él la única manera de malograrlo de verdad? Es quizá un enigma indescifrable... (Blanchot, 2007, p. 300)

En este sentido, la literatura es el espacio más radical del lenguaje, en cuanto “lleva consigo la muerte y permanece en ella”; es la constatación extrema de que sólo hay habla porque lo que es ha desaparecido en lo que lo nombra. O también, lo que es queda herido de muerte para convertirse en la realidad del hombre. En la *vida de esa muerte* consiste el habla corriente y el concepto. Ahora, ¿cómo recuperar en el habla eso que es y que se excluye para poder hablar? He ahí el eterno tormento órfico del lenguaje, cuando la nostalgia le hace girarse hacia lo que siempre deja escapar, pues no puede decirlo sino en su ausencia: necesita la falta o no hay habla sin ésta.

Una vez más: literatura, palabra tardía y sin honor filosófico, puesta en vilo muchas veces como actividad útil o válida³... ¿Cómo es que se “convierte en la preocupación cada vez más presente, aunque oculta, de los que escriben, y en esa preocupación se dé a ellos como lo que debe revelarse en su «esencia »?” (Blanchot, 2005, p. 236). Y en este punto, una vez más la pregunta: ¿Qué viene siendo entonces el escritor? Antes de la obra no existe y después de la obra ya no subsiste; la obra le sustrae el ser al escri-

3. En *La literatura y el derecho a la muerte*, se deja claro que, desde la perspectiva del mundo como *tarea*, la literatura es más bien un estorbo que una ayuda efectiva; más aún, no es el producto de un trabajo serio, sino la “realización de un punto de vista que permanece irreal; es ajena a toda cultura, porque la cultura es el trabajo de un hombre transformándose poco a poco en el tiempo y no en el goce inmediato de una transformación ficticia que desahucia no sólo al tiempo, sino al trabajo” (Blanchot, 2007, p. 299). Desestimada por la historia, al margen de la tarea de hacer el mundo, carente de “realidad inteligible”, se diría por tanto que más bien: “está en relación con la existencia todavía inhumana” (Blanchot, 2007, p. 299).



bir: nunca sabrás lo que has escrito, aunque solo hayas escrito para saberlo. Entre el “todavía no” y el “ya no”, la suya es una existencia hartamente difusa, y se le llama autor... mejor sería llamarle actor; es decir: “personaje efímero que nace y muere cada noche por haberse dado a ver de manera exagerada, asesinado por el espectáculo que lo hace ostensible, es decir, sin nada que le sea propio o quede oculto en intimidad alguna” (Blanchot, 2003, p. 68).

Autor-actor: que aparece y desaparece y que no posee la obra en la que trabaja con tenacidad. Extraña condición en la que se presenta el mismo Blanchot, como no podría ser de otro modo. Así se muestra o se expone en muchos textos; interesa aquí, particularmente: “Tiempo después”, escrito en 1983 como *postfacio* a *La eterna reiteración*, tempranísima obra de ficción compuesta por “El idilio” (1935) y “La última palabra” (1936). Lo más inquietante de esta obra es su carácter premonitorio: del gran horror, del desastre y de la radicalización de la condición de extranjero y exiliado que habrá de padecer el hombre según avanza el siglo XX. Son relatos de antes de Auschwitz, como lo serán todos los relatos, de *Antes...* y sobre los cuales Blanchot declara tiempo después: “no me es posible saber quién los escribió, cómo se escribieron ni a qué exigencia desconocida debieron responder” (2003, p. 70). Sobre todo en “El idilio” redescubre que:

Antes que cualquier distinción entre una forma y un contenido, entre un significante y un significado, antes incluso que la partición entre enunciación y enunciado, está el Decir incalificable, la gloria de una «voz narrativa» que da a oír claramente, sin poder ser jamás oscurecida por la opacidad o el enigma o el horror terrible de lo que se comunica. (2003, p. 75)

Sin duda, “Tiempo después” es un retorno de Blanchot a sus elaboraciones de 1955 en *El espacio literario*, para insistir en la imposibilidad de leer-se (en) lo escrito, en el poder de emancipación de la obra, en su carácter volátil, ante lo cual cabe preguntar una vez más: ¿cómo pretende el autor despedido retornar –al modo de Orfeo- y fijar su mirada en aquello que busca llevar hacia la luz (la obra-Eurídice) y regodearse en ello? ¿Cómo aspira a...

convertirse en su lector privilegiado, en su principal comentarista o, simplemente, en el celoso auxiliar que da o impone su propia versión, que resuelve el enigma, desvela el secreto o interrumpe



autoritariamente (efectivamente estábamos hablando del autor) la cadena hermenéutica, puesto que pretende ser el intérprete suficiente, primero o último? *Noli me legere*. ¿Tiene esta imposibilidad un valor estético, ético, ontológico? (Blanchot, 2004, pp. 67-68)

Maurice Blanchot: silencioso, ausente, invisible, consagrado a la pasión de desaparecer, ajeno por completo a la agitada vida pública de la intelectualidad francesa y a los claustros académicos y universitarios. Pero también profesa la amistad del modo más difícil: en la ausencia, en el silencio, en el habla; por tanto, la suya es una amistad imposible, inconfesable, indefinible y rotunda. De ahí su carácter extraño y extranjero, aunque entrañable desde su lejana soledad, desde donde supo existir como el lector más apasionado y concernido de la literatura, la filosofía y las derivas del pensamiento moderno. A su vez, desde su lejanía atenta sobrevive como escritura, es decir, como “escepticismo alegre”, jovial práctica del olvido del saber; renuncia, ironía. Pero también retorno de lo refutado; es decir, repetición, diferimiento, diferencia que irrumpe allí donde una razón o sinrazón, un sentido o una ley se imponen con aspiraciones a la totalidad con ambición de sistema. Pero el escepticismo no pretende destruir el sistema: “no destruye nada, es una especie de alegría sin risa, en todo caso sin burla, que de repente nos desinteresa de la afirmación, de la negación: tan neutro como cualquier lenguaje” (Blanchot, 1987, p. 69).

En su compromiso con el pensar, es decir, con el escribir como puesta en juego de lo neutro, de la tercera persona o del “otro que no me acompaña” y al “servicio del cual escribo”... en ese compromiso en el que le va la vida, Blanchot convirtió la crítica en un auténtico trabajo, hasta el punto en que adquiere estatuto de fragmento filosófico. Pero eso no sucede sin trastornar un orden de pensamiento, sin llegar a ser, a su vez, una anomalía en el corazón del pensamiento contemporáneo. Con Blanchot –entre otros grandes pensadores y herederos de Nietzsche y Mallarmé– se renueva pues la insensatez de escribir, y dicha insensatez tiene, entre otros efectos, para su generación, el necesario paso más allá de la herencia hegeliana, pero también una toma de distancia respecto de la ontología heideggeriana; cede el habla a lo Otro en su radicalidad, pues en ausencia de Dios, de subjetividad, de yo, de ser... queda el trabajo de atender al habla: plural, fragmentaria, discontinua, terrible, el habla en cuanto está afuera.



En ese contexto Michel Foucault reconoce en Blanchot una estrella tutelar, un hermano mayor; pero sobre todo un “*partenaire invisible*” –tomando la expresión del biógrafo Christophe Bident-, un prójimo que poco a poco, escribiendo, se ausenta: será aquél que paulatinamente nadie vé, ninguno de sus amigos puede verle, ni el 22 de septiembre, día de Saint Maurice, día de su aniversario: cosa extraña, hacer una reunión para festejar y hacer visible al invisible como tal invisible; festejar el cumpleaños de un ausente. Desde los años 40, poco a poco, ese “hombre sin oportunismo” –como lo define Levinas- que fuera Blanchot, borra su rostro, aniquila su cuerpo y, a la vez, enrarece el tiempo, tanto en la crítica como en la ficción, en la que abre, con *Thomas el Oscuro* (1941): “una temporalidad que permite soportar lo insoportable”.

Michel Foucault, por su parte, comenta en varias ocasiones el enorme influjo que recibe de ese *pensamiento del habla* que introduce Blanchot desde sus más tempranos textos. Pensamiento de la discontinuidad, de la fractura, en la que se distorsiona el espacio relacional e impide que el vínculo sea directo, sistemático, reversible, contemporáneo, conmensurable y recíproco.

Foucault es la puesta en movimiento de una ambiciosa renovación del ensayo filosófico, en tanto sostiene desde sus primeros trabajos las pregunta por las condiciones para la experiencia, para una “política de la experiencia” –como sugiere Miguel Morey-, y ello se hace efectivo en el cultivo de un estilo en el que se acrisola y se renueva el ensayo filosófico, como: “prueba modificadora de sí mismo en el juego de la verdad y no como apropiación simplificadora del otro con fines de comunicación”, de donde se sigue que el ensayo sea: “el cuerpo vivo de la filosofía, si por lo menos ésta es todavía hoy lo que fue, es decir «ascesis», un ejercicio de sí, en el pensamiento (Foucault, 1993, p. 12).

Blanchot o la experiencia literaria del afuera, Foucault o la agitada política de la experiencia que desemboca en la experiencia del cuidado de (lo otro) de sí. Ambos llevan lejos, cada uno a su modo, el nietzscheano porvenir literario de la filosofía. Participan, como tantos otros grandes pensadores franceses del siglo XX, del *efecto* Nietzsche, entre otras cosas porque este se convierte en un espacio –como también lo serán la lingüística y el psicoanálisis- donde se hará posible elaborar algo de la insatisfacción y el malestar creciente en Francia respecto de



la concepción fenomenológica del sujeto. Se trataba de darle salida a ese malestar, de escuchar la dimensión latente, oscura y extranjera inherente al sujeto, más allá de toda dialéctica y toda ontología. En tal sentido, bajo el influjo de Nietzsche, Freud, Saussure, pero también de Sade y Mallarmé, serán posibles otros modos de ser de la experiencia en el *habla* de la locura, del poema, del fragmento; en el habla plural y discontinua de lo Otro: siempre huidizo, pero determinante de la condición humana. Es así como, en 1978, en la entrevista titulada: “La escena de la filosofía”, Foucault reconoce una vez más que han sido Bataille, Blanchot, Klossowski, en su condición de hermanos mayores, quienes alrededor de los años 50: “nos hicieron abandonar la fascinación hegeliana en la que estábamos atrapados, o que, en todo caso, nos aplastaba”. Ellos tres plantearon por primera vez el “problema del *sujeto* como problema fundamental de la filosofía y del pensamiento moderno”. Es decir, desde Descartes hasta Sartre –y esto sin ánimo de polémica- el sujeto era algo fundamental, pero no se abordaba de modo crítico, no se interrogaba su estatuto:

Por eso, parece evidente –Lacan ya lo señaló- que Sartre nunca admitió el inconsciente en sentido freudiano. La idea de que el sujeto no es la forma elemental y originaria, sino que el sujeto se forma a partir de cierto número de procesos que no pertenecen al orden de la subjetividad, sino a un orden difícil de nombrar y de hacer aparecer, pero más fundamental y más originario que el propio sujeto, no resultaba evidente. El sujeto es una génesis, tiene una formación, una historia, el sujeto no es originario. ¿Quién había afirmado esto? Evidentemente, Freud, pero fue necesario que Lacan lo pusiera de manifiesto con claridad, y en esto reside su importancia. Bataille, en cierta forma, Blanchot a su modo, también Klossowski, hicieron estallar, de igual manera, esta evidencia originaria del sujeto e hicieron surgir formas de experiencia en las que el estallido del sujeto, su disolución, la constatación de sus límites, sus basculaciones fuera de esos límites, muestran claramente que no existía esta forma originaria y autosuficiente que presuponía clásicamente la filosofía. (Foucault, 2010, p. 832)

Si en algo fundamental estaba de acuerdo esa generación de pensadores franceses, era en que resultaba ya insostenible partir del sujeto en sentido



cartesiano: como eje articulador del pensamiento filosófico. Era preciso, a partir de Nietzsche y Freud, pensar la génesis del sujeto. Y es justamente intentando escapar de la fenomenología y del hegelianismo más ortodoxos que dicha generación acude a Nietzsche. En su caso particular, Foucault lo leyó por Bataille, y Bataille por Blanchot.

2. El ser del lenguaje o la “desaparición visible del que habla”

Bataille, Blanchot, Klossowski ceden la palabra a experiencias extremas, abriendo espacios para un pensar y una escritura inéditos; es decir, removiendo profundamente el suelo metafísico de Occidente, pues: “lo más grave del pensamiento debe encontrar fuera de la dialéctica su ligereza iluminada” (Foucault, 2010, p. 179). Gravedad que, por ejemplo en Bataille, irrumpe como lenguaje no discursivo –heredero de Sade-, oscuro, inacabado, para nada dueño de sí; pero que, sin embargo, es soberano y “nos domina desde lo alto”. En 1964, en su texto: “La prosa de Acteón, Foucault señala que aquellos hermanos mayores han dilucidado que:

El lenguaje debe su poder de transgresión a una relación inversa, la de una palabra impura con un silencio puro, y que es en el espacio indefinidamente recorrido de esta impureza donde la palabra puede dirigirse a un silencio tal. En Bataille, la escritura es una consagración deshecha: una transustanciación ritualizada en sentido inverso en la que la presencia real se convierte de nuevo en cuerpo yacente y se ve reconducida al silencio por medio de un vómito. El lenguaje de Blanchot se dirige a la muerte: no para triunfar sobre ella con palabras de gloria, sino para mantenerse en esa dimensión órfica en la que el canto, hecho posible y necesario por la muerte, nunca puede mirar a la muerte a la cara ni volverla visible: hasta el punto de que le habla y habla de ella en una imposibilidad que lo consagra al infinito del murmullo. (Foucault, 2010, p. 188)



Pero es sobre todo la obra de ficción de Maurice Blanchot⁴ la que lleva a Foucault a escribir uno de los más bellos textos en homenaje y reconocimiento a él. Se trata de *El pensamiento del afuera* (1966), escrito el mismo año de *Las palabras y las cosas*. Allí destaca el efecto Blanchot, el cual ha socavado el pensamiento que largamente se ha sostenido en la interioridad: el tiempo, el relato; es el retorno del pensamiento al afuera, al espacio, al habla del fragmento.

Si el lenguaje no tiene más espacio que la soberanía solitaria del “hablo”, entonces no se trata de la comunicación de un sentido, sino “del lenguaje en su ser bruto”, o como “pura exterioridad” abierta. De donde el sujeto hablante: “ya no es tanto el responsable del discurso”, sino “la inexistencia en cuyo vacío se prosigue sin tregua la expansión indefinida del lenguaje” (Foucault, 2010, p. 264).

La literatura no nace pues de la interioridad, sino del pasaje radical al afuera: es el lenguaje reverberante y en fuga respecto del modo de ser del discurso de la interioridad psicológica, escapando a la “dinastía de la representación”. De ese modo la literatura es el lenguaje en un fuera de sí, creando distancia y dispersión, y haciendo del vacío y de la desnudez del “hablo” su tema (*sujet*), su asunto.

Este espacio neutro caracteriza hoy la ficción occidental (por ello ya no es ni una mitología ni una retórica). Ahora bien, lo que hace tan necesario pensar esta ficción –mientras que antes se trataba de pensar la verdad- es que el «hablo» funciona como al revés del «pienso». En efecto, éste conducía a la certeza indudable del Yo [*le*] y de su existencia; aquel por el contrario aleja, dispersa, borra esta existencia y no deja aparecer más que su emplazamiento vacío. El pensamiento del pensamiento, toda una tradición aún más amplia que la filosofía nos ha enseñado que nos conducía a la interioridad más profunda. La palabra de la palabra nos lleva por medio de la literatura, pero quizá también por medio de otros caminos, a ese

4. *Thomas el oscuro* (1941), *Aminabad* (1942), *La sentencia de mi muerte* (1948), *Aquel que no me acompañaba* (1953), *La espera el olvido* (1962), entre otros relatos.



afuera en el que desaparece el sujeto que habla. Es por esta razón sin duda que la reflexión occidental ha pasado tanto tiempo sin decidirse a pensar el ser del lenguaje: como si hubiera presentado el peligro que la experiencia desnuda del lenguaje le haría correr a la evidencia del «existo». (Foucault, 2010, pp. 264-265)

La ficción moderna es apertura a un espacio en el cual queda excluido el sujeto del “pienso luego soy”, es la puesta al día de una abertura largamente invisible, donde: “El ser del lenguaje no aparece por sí mismo más que en la desaparición del sujeto”. A esa experiencia desnuda del lenguaje puede dar cuenta una forma de pensamiento marginal, esbozado apenas; pensamiento ajeno a todo psicologismo y en el umbral de toda positividad, a la búsqueda o en pos de hallar un lugar dónde desplegarse. Un pensamiento que, en relación con la interioridad de la reflexión filosófica y a la positividad del saber moderno, bien puede designarse como *pensamiento del afuera*, y respecto del cual es necesario esclarecer sus formas, categorías y lógicas singulares, así como sus travesías: de donde (nos) viene y hacia dónde va: ¿tal vez desde del pensamiento místico que merodea por Occidente? ¿O desde el habla desnuda del deseo, propia de Sade? ¿O desde lo que Freud denominara “inconsciente”? ¿O desde la poesía de la ausencia de los dioses de Hölderlin?

Algunas expresiones de la vitalidad de ese pensamiento del afuera se descubren en:

La escritura de Nietzsche, a quien se le revela que no saldremos de la metafísica mientras estemos atados a la gramática.

El libro de Mallarmé, donde el lenguaje es movimiento en el que desaparece aquél que habla.

La obra de Artaud, que conmina al discurso a desnudarse en cuerpo, en el grito.

La escritura de Bataille, en su pensamiento del límite, de la subjetividad rota: la transgresión.



El decir de Blanchot, que de modo calmo e inexorable se retira en su propia obra: “ausente de su existencia y ausente por la fuerza maravillosa de su existencia”. Blanchot es: “para nosotros ese pensamiento mismo: la presencia real, absolutamente lejana, resplandeciente, invisible, la suerte necesaria, la ley inevitable, el vigor calmado, infinito, medido de este pensamiento mismo” (Foucault, 2010, pp. 267-268). En su obra de ficción, el afuera centellea en el olvido, la impugnación, el retorno, lo intermitente, la espera y, sobre todo, la muerte obrando en el lenguaje, haciéndole zozobrar.

Los relatos de Blanchot no dependen de imágenes, sino de desplazamientos, variaciones, espacio o intersticio neutro de las imágenes. Se imponen figuras de lo cotidiano y lo anónimo, tales como pasillos, habitaciones, lugares sin nombre, umbrales, espacios cerrados y asfixiantemente expuestos; espacios donde adquiere nitidez –como en *El último hombre*- el cansancio, la espera, los gritos, la tos, la agonía, el estertor, el olvido:

Titubea imperceptiblemente; solo su titubeo me permite estar un poco seguro de mí, y escucharle, responderle. [...] Él permanecía ahí ligeramente retirado, hablando muy poco, con palabras muy pobres y muy corrientes; casi hundido en el sillón, con una inmovilidad molesta, caídas sus grandes manos, fatigadas, al final de los brazos. Sin embargo, apenas se le miraba; se dejaba el mirarle para más tarde. Cuando me lo represento así: ¿era él un hombre roto? ¿desde siempre en su ocaso? ¿Qué aguardaba? ¿Qué esperaba salvar?... ¿Está completamente abandonado? ¿No puedes hablar por ti mismo? ¿Debemos pensar en tu defecto, morir en tu lugar? (Blanchot, 2001, pp. 11, 14-15)

La reflexión paciente, vuelta hacia fuera, y la ficción que diluye las formas, constituyen un discurrir abierto, sin imágenes: “sin verdad ni teatro, sin prueba, sin máscara, sin afirmación, libre de todo centro, liberado de patria” (Foucault, 2010, p. 269): irrupción de un afuera hacia el cual y desde el cual habla... avanzada o escapada hacia mundos que no han recibido lenguaje alguno; ese es un rasgo de la crítica y de la ficción blanchotiana, hasta disolver las diferencias supuestas entre crítica, ficción y relato, para dejar hablar al habla que no es de nadie, ni de lo dicho ni de lo por decir. En tanto el discurso –“dirigiéndose al ser mismo del lenguaje”- deja de



orientarse por el pensamiento que tiende a la interioridad, el pensamiento mismo se vuelve hacia el afuera, dando lugar al:

Relato meticuloso de experiencias, de encuentros, de signos improbables –lenguaje del afuera de todo lenguaje, *palabras sobre el aspecto invisible de las palabras*; y atención a lo que del lenguaje ya existe, ya ha sido dicho, impreso, manifestado- escucha no tanto de lo que ha sido pronunciado en él cuanto del *vacío que circula* entre sus palabras, del murmullo que no deja de deshacerlo, discurso del no-discurso de todo lenguaje, ficción del espacio invisible en el que aparece. (Foucault, 2010, p. 269)

Por tanto, decir *pensamiento del afuera* es asumir la pérdida del poder de decir yo (*je*), o lo que es lo mismo, de adquirir el derecho a hablar en tercera persona, en neutro: “anonimato testarudo” que arrebató al sujeto su identidad simple, sus privilegios y atributos, y que lo vacía y lo divide, pues no solo lo desposee del poder de decir *yo* sino que además hace chocar su discurso contra una “palabra que es eco y negación”. Prestar oído a la fascinación, a la atracción del afuera (canto de las Sirenas o presencia-ausencia de Eurídice) no solo es franquear la ley y afrontar la muerte, sino, ante todo: “sentir repentinamente cómo crece en uno mismo el desierto en cuyo otro extremo [entrambos extremos el espesor de una línea] espejea un lenguaje sin sujeto asignable, una ley sin dios, un pronombre personal sin personaje, un rostro sin expresión y sin ojos, otro que es el mismo” (Foucault, 2010, p. 277).

De modo que el extravío, la errancia y el desvío en el que tarde o temprano incurre el hombre, no le conduce hacia lugares ignotos; no es la atracción o fascinación que puedan ejercer fantásticas e inaccesibles criaturas. El afuera que arrastra y atrae se aproxima mejor al doble, al otro que (no) nos acompaña y del cual proviene o se deja escuchar una exigencia –que nunca se iguala ni se satisface-, o también se impone como una pesadez difícil de sobrellevar y no menos difícil de intentar liberarse. Extraña familiaridad con ese otro “sin rostro”, otro que se impone como ausencia.

A ese otro ineludible atiende Blanchot en uno de sus relatos más complejos: *Aquel que no me acompañaba*, escrito en 1953, donde se despliega



el derecho o el oscuro y no menos desastroso poder de hablar en tercera persona. Se trata, a la vez, de la máxima lejanía y la máxima cercanía entre el que escribe y ese él que le persuade de escribir a fin de hacer más soportables sus relaciones. Pero gracias a la escritura, ese él va ganando cada vez mayor ascendiente, hasta el punto en que lo escrito le concierne más a ese él, y hasta parece que no tuviera más propósito que reflejarlo. Eso afecta tan hondamente al que escribe, que se aferra a lo que cree su *sí mismo*, confiando en que la “necesidad de decir YO me permitiera dominar mejor mis relaciones con ese reflejo” (Blanchot, 2009, p. 8).

Sobre el despliegue del pensamiento del afuera y de la experiencia de lo otro de sí ineludible, llama la atención la profunda resonancia del relato: *Aquel que no me acompañaba* con “El habla analítica”, un afinadísimo texto que Blanchot incluye en *La conversación infinita*. Probablemente incitado por el importante texto de Jacques Lacan: *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*⁵, Blanchot destaca en esta ocasión lo inédito del trabajo de Freud; a saber, desplazar la magia por la dialéctica –como si de un moderno Sócrates se tratara-, pero trascendiendo rápidamente de la dialéctica hacia un habla diferente, pues descubre un lenguaje otro –u otra dimensión largamente desestimada en el lenguaje- para volver a trazar el movimiento de la experiencia humana: remontando siempre hacia una experiencia indomable de insuficiencia, o la experiencia de sí como insuficiencia, de la cual da cuenta el analizante cuando –al comienzo de su trabajo- se presenta en posición de “estafado” por la vida y por el mundo: por los otros. Sentimiento de insuficiencia en el que se prolonga la carencia de todo en la que consiste nacer: carencia súbita, en primer lugar, del ser:

El niño no existe como cuerpo constituido, ni como mundo. Todo le es exterior. Y él no es casi nada sino aquel exterior: el afuera, la exterioridad radical sin unidad, la dispersión sin nada que se disperse; la ausencia que no es ausencia de nada, es al principio la única presencia del niño. (Blanchot, 2008, p. 296)

5. Ese texto es la elaboración del Discurso de Roma, de 1953, publicado en *Escritos I*, en 1966.



Carencia fundamental que expulsa al humano del ser y del tener, siempre extranjero y ajeno a lo cercano, destinado al desconocimiento de sí. De modo que por más que creamos pensar puramente, en ese pensar resuenan los accidentes del pensador, de donde es posible escuchar en el habla de ese pensador sus oscuros accidentes; he ahí la extraña experiencia en que se funda la íntima singularidad: en lugar de pensamiento puro: “tenemos la astilla en la carne donde sigue estando aún” (Blanchot, 2008, p.296). ¡Cuán desconocido es para sí mismo el conocedor de todo! También Nietzsche lo advertía. Es solo que Freud se dispone a escuchar el habla de ese no saber con la intuición primera del poder liberador del lenguaje.

Sujetos del desconocimiento, la errancia y la pasión por el desvío, y por eso mismo, siempre en desfase respecto de lo vivido, memoria redoblada, desdoblada... Esto condiciona lo vivido, tanto en su fatalidad como en su carácter formador: “y lo hace inasible como hecho y fascinante como recuerdo. ¿Tuvo lugar realmente alguna vez? No importa”, lo que vale es, poco a poco –y con la “interrogación apremiante del silencio del analista”– ser capaces, a partir de un momento dado, de hablar de eso, de “hacer un relato de él, de hacer de este relato un lenguaje que recuerda y de este lenguaje la verdad animada del acontecimiento inasible: inasible porque es siempre fallido (*manqué*), una falla (*manque*) en relación consigo mismo” (Blanchot, 2008, p. 297).

Habla liberadora, neutra, reverberante e infinita que acontece en un extraño diálogo o conversación desnuda entre dos invisibles, uno para el otro. Conversación en la que se dan cita:

El poder de hablar y el poder de escuchar, a no tener más relación que la intimidad neutra de las caras del discurso, esa libertad para uno decir cualquier cosa, para el otro, de escuchar sin atención, como sin saberlo y como si no estuviera ahí, y esa libertad que llega a ser en esto mismo, la relación más oscura, la más abierta y la más cerrada. (Blanchot, 2008, p. 297)

Uno que no debe dejar de hablar, chocando cada vez con la imposibilidad de hablar que yace en la palabra misma, con el vacío y el blanco que anida



en el habla; de donde el que habla constata una y otra vez que lo dicho ya ha sido dicho y nada ha sido dicho... Siempre lo mismo, pero siempre diferente, y en ese bucle algo se va reelaborando, algo se produce.

Y el otro no debe dejar de escuchar, aunque parece el más des-pre-ocupado y el más ausente de los oyentes: “un hombre sin rostro, apenas alguien”, un *no importa quien* que hace equilibrios con no importa qué del discurso del otro: un hueco, un vacío silencioso que, sin embargo, rompe sin cesar el soñado equilibrio, la ideal reciprocidad...

Esa liberación del habla por sí misma representa una apuesta conmovedora a favor de la razón entendida como lenguaje, y del lenguaje entendido como poder de recogimiento y de concentración en el seno de la dispersión. Quien habla y quien acepta hablar junto a otro encuentra poco a poco las vías que harán de su habla la respuesta a su habla. (Blanchot, 2008, p. 300)

Extraño, disimétrico y “engañoso” diálogo, en el que se desata un habla solitaria, destinada a encontrar sus vías, y que tiene como condición ese interlocutor otro que, más que pensar sobre el habla, la escucha... o responde con la escucha. Lacan retorna pues a Freud para resituar y potenciar asuntos clave de sus descubrimientos, y Blanchot escucha serenamente ese trabajo de retorno de Lacan, para evidenciar que el mérito de Freud fue enriquecer la cultura con una sorprendente modalidad de diálogo, en la que: “cada uno engaña al otro y se engaña sobre el otro”⁶.

Singular proceso de destitución y desplazamiento el que obra en ese diálogo disimétrico: el que habla deja de ser el centro para ser responsable, y el que escucha deja de ser lugar de saber supuesto. Extraña conversación, que cuando comienza puede que no tenga fin –en el sentido sobre todo del efecto producido en el lenguaje, en el habla; es decir,

6. Jacques Lacan lo expresa con precisión: “El sujeto comienza el análisis hablando de él sin hablarle a usted, o hablándole a usted sin hablar de él. Cuando pueda hablarle de él, el análisis habrá terminado”.



en la posición de quien allí habla respecto de su discurso-, movimiento cuyo término es imprevisible, pues lo que aquí toma la palabra o aquello a lo que se le cede el habla es lo incesante, lo interminable. En este preciso aspecto el habla analítica bebe del mismo torbellino, oscuro e incesante, de donde bebe el habla literaria, el habla del fragmento, el habla de lo neutro... Es el habla-pensamiento del afuera el que convoca a Freud, Lacan, Blanchot, Foucault... Los dos primeros hacen de ello como el hueso duro de la experiencia analítica, los dos segundos hacen de ello la potencia de la experiencia literaria.

En ambos campos, el literario y el analítico, hay otro que (no) nos acompaña, que a fin de cuentas no es tanto otro de carne y hueso cuanto: “el límite sin nombre contra el que viene a chocar el lenguaje”. Límite o fondo desmesurado donde el lenguaje se pierde sin cesar para retornar como eco de “un discurso que dice lo mismo”, que “dice otra cosa” (Foucault, 2010, p. 297). *Aquel o ese que no me acompañaba*, en el relato de Blanchot, es anónimo, sin rostro, sin mirada, sin voz; *parásita* el lenguaje, al que “pone a las órdenes de su propia noche”. Así se aproximan en la no relación, ningún lazo los une, la distancia infinita entrambos los separa.

La escritura será la máxima proximidad con ese compañero que no acompaña, pero también lo será la experiencia analítica. Ningún pacto y sin embargo la interrogación constante le obliga y conmina al que escribe: de esa instancia sin lugar viene la pregunta: ¿escribe usted?, ¿qué es lo que ve?; pero también se impone en ese *entre* el discurso incesante que no logra ser respuesta. Así pues, en ese hueco, en ese retiro, la escritura se libera como espacio de un lenguaje neutro. En ese entre se escribe un relato que despliega un “lugar sin lugar que es el afuera de toda palabra y de toda escritura, y que las hace aparecer, las desposee, les impone su ley, manifiesta en su despliegue infinito su espejeo durante un instante, su brillante desaparición” (Foucault, 2010, p. 279).

Pero si escribir me ha convertido en una sombra para hacerme digno de la oscuridad, debo efectivamente pensar también que esa maniobra consiguió más de lo que habría hecho falta, porque, en esta perspectiva, llevé la reserva y la discreción tan lejos que no solamente no



hice nada para perturbar esos momentos, sino que ellos tampoco me perturbaron, de forma que el recuerdo que conservo de ellos me hace errar trágicamente en el vacío. Todo ello, todos esos acontecimientos, tan difíciles de volver a captar, y que se difuminan a través de su propia presencia, todas aquellas dificultades, aquellas exigencias, aquellos escuerzos y ahora esta inmovilidad de la cual mi deseo siempre me sustrae más penosamente, esta situación, tan insólita, que me ha llegado a ser tan familiar que casi no puedo negarme a comprenderla, ¿estaba todo ello destinado a desembocar en esta frase: «Yo, esta vez, intenté abordarle ». «Esta vez», yo veía justamente cómo semejante frase parecía injustificada. Surgía ahí porque yo deseaba estar exhausto. (Blanchot, 2009, p. 10)

Anonimato del lenguaje liberado, abierto a lo neutro, al antes de toda palabra, a las entrañas del mutismo, al murmullo incesante del lenguaje... hacia esas regiones remiten los relatos de Blanchot. De modo que, si con Mallarmé supimos que la palabra es la inexistencia manifiesta de lo que nombra, con el pensamiento del afuera de Blanchot –pensamiento que fluye en sus relatos y en su conversación infinita con sus compañeros de habla- sabemos “que el ser del lenguaje [que espera y olvida] es la desaparición visible de aquel que habla” (Foucault, 2010, p. 280). En dicha experiencia el lenguaje no es instrumento que exprese la interioridad, o vehículo del tiempo, o depositario de la verdad; más bien: “es la forma siempre deshecha del afuera”, y como tal permite: “ver en el relámpago de su oscilación indefinida, el origen [puro afuera] y la muerte [afuera siempre reanudado]” (Foucault, 2010, p. 281).

3. La literatura o el espacio de las elecciones originales

Para Michel Foucault es evidente que la literatura cumple cada vez más una función filosófica fundamental, justamente porque después de Hegel la filosofía se instituye como conocimiento: “enseñado por universitarios, cuya función consiste menos en practicar la filosofía que en enseñarla”. Lo que antaño fuera el pensamiento más elevado ha sucumbido en Occidente al “rango de la actividad que pasa por tener menos valor en el dominio de la



educación: este hecho prueba que la filosofía probablemente ha perdido su papel, su función, su autonomía” (Foucault, 2010, p. 328)⁷. Este diagnóstico tan claro lo formula el pensador francés en 1970, en: “Locura, literatura, sociedad” –entrevista realizada en Japón con T. Shimizu y M. Watanabe-, donde se ocupa nuevamente del papel determinante de la literatura en su trabajo, y ello en gran medida porque es el espacio donde se han producido en nuestra cultura algunas de las “elecciones originales” más decisivas.

Interrogado por la expresión “elección original”, Foucault centra su reflexión en la condición filosófica de la literatura en la modernidad. Más allá de una elección en el campo de las ideas puras, se trata de una elección que compromete: “el saber humano, las actividades humanas, la percepción y la sensibilidad”. De tal modo que no se trata de una actividad cuanto de un estilo de vida, de una ética, del pensar filosófico como experiencia:

Probablemente, Hegel habrá sido el último caso de elección original cumplido por la filosofía en tanto que actividad autónoma. Y es que, en líneas generales, la esencia de la filosofía hegeliana consiste en no llevar a cabo elección, es decir, en recuperar en su propia filosofía, en el interior de su discurso, todas las elecciones que se ha hecho en la historia. (Foucault, 2010, p. 329)

Desde finales del siglo XVIII, las elecciones filosóficas verdaderamente originales acontecen en campos ajenos a la filosofía misma; de ello es expresión la obra de Karl Marx, cuyos análisis son ante todo políticos y, no obstante, fundamentales para pensar nuestra civilización. Ferdinand

7. El diálogo titulado “Conocimiento de lo desconocido” se abre con la pregunta supuestamente anacrónica: “¿Qué es un filósofo?” Recuerda Blanchot que, en la perspectiva de Bataille, el filósofo no es tanto “el hombre que se admira”, como “alguien que tiene miedo”, Y “el miedo, ya sea cobarde o valiente, frisa (*fraye*) con lo espantoso (*effrayant*)”, es decir, con lo que “nos hace salir a la vez de la paz, de la libertad, de la amistad.” Lo espantoso nos arroja de todo cobijo, de modo que hacemos la experiencia del Afuera, de lo Otro, de lo Neutro. Por tanto, “el pensamiento del miedo y el miedo del pensamiento, ¿no nos acerca a un punto decisivo que se le escapa a la filosofía porque precisamente algo se le escapa a la filosofía?” En otras palabras, el miedo nos ofrece “un conocimiento de lo que escapa del conocimiento”, *nos acerca al punto crucial que se le escapa a la filosofía misma, al lugar de la falta...* (Blanchot, 2008, pp. 63-74)



de Saussure, que lleva a cabo igualmente una elección original en el campo de la lingüística, cuyo alcance rebasa el neokantismo dominante en la época. Y otro tanto sucede con Freud, ajeno a todo ánimo filosófico y, sin embargo, en la medida en que produce un discurso inédito sobre la sexualidad, la neurosis, el deseo y la locura, hace que su elección sea “más importante para nuestra cultura que las elecciones filosóficas de sus contemporáneos, como Bergson o Husserl” (Foucault, 2010, p. 329).

Inevitable volver a Blanchot en esta entrevista, pues en su trabajo crítico lleva hasta límites insospechados la pregunta por la literatura, abriendo líneas de pensamiento audaces y vertiginosas, gracias a las cuales Foucault descubre en él un Hegel de la literatura, pero también lo contrario de Hegel. Blanchot logró escribir su obra de ficción al tiempo que se ha ocupado de la literatura del siglo XIX y del XX, con un brío inigualable, acotando lo que nombra como *espacio literario*, que no se confunde con ningún ámbito de la realidad social o cotidiana: “No se sabe si el drama de la escritura es un juego o un combate, pero es Blanchot quien ha delimitado a la perfección ese «lugar sin lugar» donde todo eso se desarrolla” (Foucault, 2010, p. 343). Pero además de espacio irreductible a otros espacios, la literatura es *La parte del fuego* (1949), como indica el título mismo del temprano libro de Blanchot. Y con esta expresión se sugiere que la literatura además de llevar la muerte consigo y permanecer en ella, es, por lo mismo, ausencia, tierra calcinada: todo desaparece en el lenguaje que lo nombra. La literatura es por tanto presencia insistente de la ausencia así creada en cada relato: es lo que desaparece; es decir, algo imposible que no deja de aparecer: “Cuando nombra, lo que designa se suprime; pero lo que se suprime se mantiene y la cosa ha encontrado (en el ser que es la palabra) más bien un refugio que una amenaza” (Blanchot, 2007, p. 292). La literatura es la ambigüedad y la incertidumbre del lenguaje —ese “monstruo de dos cabezas”— entregadas a los mayores excesos, sin los límites al equívoco y el malentendido que impone la lengua corriente. Todo sucede como si en el corazón de la literatura y del lenguaje anidara una: “potencia de metamorfosis sustancial capaz de cambiarlo todo sin cambiar nada” (Blanchot, 2007, p. 302). Todo sucede de modo que:

La muerte desemboca en el ser: tal es la esperanza y tal es la tarea del hombre, porque la propia nada ayuda a hacer el mundo, la nada



es creadora del mundo en el hombre que trabaja y que comprende. La muerte desemboca en el ser: tal es la desgarradura del hombre, el origen de su desdichada suerte, pues por el hombre viene la muerte al ser, y por el hombre el sentido reposa en la nada; sólo comprendemos privándonos de existir, haciendo posible la muerte, infectando con la nada de la muerte lo que comprendemos... (Blanchot, 2007, p. 303)

Pero Blanchot no conduce la pregunta por la literatura hasta ver en ella lo que “una civilización confía al fuego, lo que reduce a la destrucción, al vacío y a las cenizas, aquello con lo que ya no podría sobrevivir” (Foucault, 2010, p. 343), sin convertirse él a su vez en una especie de Hegel de la literatura, pues sus brillantes diálogos con las obras más importantes de la literatura occidental, han producido hondas repercusiones, incide en la forma como leemos luego dichas obras. Si Hegel ha transformado los murmullos de la historia para dar lugar al “sentido mismo de la modernidad”, de modo similar, Blanchot resignifica y extrae algo inédito de las obras literarias más destacadas, hasta el punto en que hoy somos interpelados por ellas al tiempo que hacen parte de nuestro lenguaje actual: “Si, en el lenguaje que hablamos, Holderlin, Mallarmé, Kafka, existen plenamente, es precisamente gracias a Blanchot. Esto se parece al modo como Hegel ha reactualizado, en el siglo XIX, la filosofía griega, Platón, la escultura griega, las catedrales medievales” (Foucault, 2010, p. 344).

Pero no solo es un Hegel; también es lo contrario de Hegel, puesto que para el filósofo alemán –que no dejó de ser platónico- “las grandes experiencias de la historia”, así como el “contenido de toda la filosofía” estarían “presentes en nosotros mismos”. Su objetivo era lograr:

Una magnífica síntesis de la interiorización en forma de memoria. [...] En el caso de Blanchot es lo contrario. Si Blanchot se dirige a todas las grandes obras de la literatura mundial y las teje en nuestro lenguaje es precisamente para probar que nunca esas obras se pueden volver inmanentes, que existen en el exterior [*dehors*], que han nacido en el exterior, y que, si existen en nuestro exterior, nosotros estamos a nuestra vez en su exterior. (Foucault, 2010, p. 345)



De modo que la relación que mantenemos con las grandes obras no es bajo la forma de “inmanencia compacta”, sino de “enigmática dispersión”: situados siempre en el exterior de dichas obras literarias, sin el ánimo de hacer la gran síntesis de las mismas, o de recuperarlas en la subjetividad. Más bien, la “relación entre las obras y este hombre que habla de ellas en forma de olvido es exactamente lo contrario del efecto que se produce en forma de representación o de memoria en Hegel” (Foucault, 2010, p. 345). Mientras Hegel existe como un “concentrado” de toda la filosofía, de la cual nunca sale, Blanchot, por el contrario existe como exterioridad de las obras que lee y de las que escribe; solo existe en ese afuera, nunca está dentro de la literatura. Si existe algo que podamos llamar “efecto Blanchot” sería la constatación de que la literatura no es una confortable interioridad donde “nos comunicamos y nos reconocemos”, sino pura exterioridad, olvido.

4. “...le dirigí unas palabras, ignorando él quién le hablaba”

Foucault, que escribe profusamente,
 es un ser silencioso, más aún:
 se empeña en guardar silencio cuando
 los preguntones, con mejor o peor intención,
 le piden que se explique
 (hay, no obstante, excepciones).
 Blanchot, 1992

Maurice Blanchot, ese que al escribir se ausenta, ese hermano mayor desconocido amó la amistad que Foucault le profesara y, por ello, le dedica en 1986 un bello texto, que es ante todo una carta de amor al amigo cuya muerte sintiera hondamente: *Michel Foucault tal y como yo lo imagino*:

Precisamente he quedado con Foucault sin relaciones personales. No me crucé nunca con él. Excepto una vez en el patio de la Sorbona durante los acontecimientos de Mayo del 68, quizá en junio o



julio (pero me dicen que él no estaba allí), donde le dirigí unas palabras ignorando él quién le hablaba (digan lo que digan los detractores de Mayo, aquél fue un hermoso momento, cuando cada cual podía hablar con otro, anónimo, impersonal, hombre entre hombres, acogido sin otra justificación que ser otro hombre). Es verdad que durante aquellos acontecimientos extraordinarios, yo decía a menudo: Pero, ¿por qué Foucault no está aquí? Restituyéndole así su poder de atracción y considerando el sitio vacío que él habría tenido que ocupar. A lo que se me respondía con una observación que no me satisfacía: permanece un poco en reserva; o bien, está en el extranjero. Pero precisamente muchos extranjeros, incluso los lejanos japoneses, estaban allí. Así quizá no nos hemos encontrado. (Blanchot, 1992, p. 79)

Blanchot destaca la brillantez y la precisión del estilo de Foucault, siempre preocupado por los asuntos de la filosofía, pero con la mediación de la sociología y la historia, privilegiando en ella la discontinuidad, aunque sin hacer de esta una ruptura. Le llama la atención el poder de atracción que ejerce la palabra *locura* en Foucault, y el error que este cree haber cometido al suponer una suerte de profundidad de la locura; pero gracias a ese error se percata de que en lugar de la interioridad o profundidad le interesan los dobles y múltiples fondos de sentido inherentes a los discursos, de tal modo que a la postre es el sentido mismo el que queda puesto en vilo. De ahí que Foucault sea para Blanchot:

Un hombre en marcha⁸, solitario, secreto y que, a causa de ello, desconfía de los secretos de la interioridad, rechaza las trampas de la subjetividad, buscando dónde y cómo es posible un discurso de superficie, chispeante, pero sin espejismo, no ajeno, como se ha creído, a la búsqueda de la verdad, pero que deja ver (entre muchas otras cosas) los peligros de esta búsqueda, así como sus ambiguas relaciones con los diversos dispositivos de poder. (Blanchot, 1992, p. 83)

8. Hombre que sabe mantenerse por encima de sus pasiones, siempre y cuando no lo asimilen con el estructuralismo... A Blanchot, ese enfado de Foucault le resulta excesivo, quizá porque siempre estuvo distante de esa "disciplina efímera", sobre la cual nunca se manifestó, ni para aprobarla ni para reprobarla; su escritura discurre lejos de esa contienda.



En efecto, no es la interioridad de la locura lo que apasiona a Foucault, sino la locura como experiencia fundamental del afuera. Afuera de la historia y de la filosofía, un afuera del que los artistas y los poetas son los grandes “testigos, víctimas o héroes”. Por ello, en la entrevista “Locura, literatura, sociedad” (1970), Foucault muestra de diversas formas que el nexo escritura-locura no es sólo la marca de la literatura moderna desde Sade y Hölderlin, sino también desde Nietzsche, y cómo ese nexo de vértigo era impensable en la época clásica, cuando el escritor no podía estar loco ni podía manifestar temor a estarlo.

Escribir hasta finales del XVII era dirigirse a otros para divertir o ilustrar, era hacer circular la palabra en el interior de un grupo humano. Pero a partir del XIX, la escritura cobra una autonomía inédita con respecto a los lectores, el consumo, el placer, la utilidad. Por cierto:

Esta actividad vertical y casi intransmisible de la escritura se parece en parte a la locura. La locura es en algún modo un lenguaje que se sostiene en la vertical, y que ya no es la palabra transmisible, al haber perdido todo valor como moneda de cambio. (Foucault, 2010, p. 335)

Blanchot reinventa la insensatez de escribir y Foucault resalta la equivalencia entre la escritura y la locura, la que se produce desde el XIX: el escritor tiene su doble en la figura del loco, la sombra de este “le sostiene, le domina y le oculta”. Por tanto, lo que se produce en el acto de escritura: “no es sin duda otra cosa sino la locura”. En un pasaje de *La escritura del desastre*, Blanchot (1987) recrea este nexo en Kafka, quien confiesa que:

Escribe porque de otra manera se volvería loco, sabe que escribir ya es una locura, una especie de vigila fuera de conciencia, insomnio. [...] Habla de ello con espanto pero también con un sentimiento de gloria, pues la gloria es el desastre. (Blanchot, 1987, p. 43)



Blanchot retoma pues el diálogo con Foucault en una suerte de *retorno* a su obra, en una lectura que ante todo retribuye la brillantez y la precisión de su estilo, que quizá le negaban otras lecturas inmediatas, parciales, ciegamente elogiosas o pasionalmente distorsionadas. Por ejemplo, muestra cómo Foucault rebasa tanto los principios y propósitos del estructuralismo, como los principios que dominan la historia tradicional de las ideas, gracias a lo cual, y con todo rigor, llega a oponer: “el acontecimiento a la creación, la serie a la unidad, la regularidad a la originalidad y la condición de posibilidad a la significación, al tesoro encerrado de las significaciones ocultas” (Blanchot, 1992, p. 89). Esto es muy claro para Blanchot, pero la crítica corriente da por sentado que Foucault, siguiendo una concepción de la literatura:

Se desembaraza lisa y llanamente de la noción de sujeto: nada de obra, nada de autor, nada de unidad creadora. Pero todo esto no es tan sencillo. El sujeto no desaparece: es su unidad demasiado determinada la que resulta dudosa, ya que lo que suscita el interés y la investigación, es su desaparición (es decir, esta nueva manera de ser que es la desaparición) o incluso su dispersión que no lo aniquila, sino que sólo nos ofrece de él más que una pluralidad de posiciones y una discontinuidad de funciones (volvemos a encontrarnos aquí con el *sistema de discontinuidades* que, con razón o sin ella, pareció, durante algún tiempo, propio de la música serial). (Blanchot, 1992, p. 89)

Más aún, cuando Foucault se ocupa en *Las palabras y las cosas*, de las sospechosas ciencias humanas, es cuando anuncia —no sin “jovial malevolencia”— la desaparición próxima y probable del hombre. Desaparición en las redes de los métodos investigativos y en las estrategias estadísticas que dichas ciencias implementan hasta convertir al hombre en “hombre póstumo, merced a nuestra curiosidad que lo reduce a no ser más que un simple objeto de encuesta, de estadística, incluso de sondeos” (Blanchot, 1992, p. 90).

En 1966 Blanchot dedica un largo ensayo a Nietzsche y hacia el final del mismo afirma que el pensamiento del superhombre es también el pensamiento de la desaparición de ese algo llamado “hombre”; de donde este



tiene por esencia desaparecer. El hombre es siempre el del ocaso, que no es degeneración, sino la “falta que se puede amar”, que une en la separación y la distancia. El hombre desaparece, no solo el hombre fallido –el que cuenta con la risa, el azar, el juego- sino el hombre superior –fundado en el discurso íntegro del logos. Es preciso que el hombre se empeñe en la posibilidad de perecer, con todo lo que es, aún con el ser mismo, para que –liberada de los valores propios de su saber: trascendencia, dios, mundo, hombre-... se afirme el habla del afuera, lo que se dice fuera del todo y fuera del lenguaje de la conciencia y de la interioridad. Así, “que el hombre desaparezca no es nada, sino solo un desastre a nuestra medida, el pensamiento puede soportarlo” (Blanchot, 2008, p. 208).

También advierte Blanchot que sería conocer muy poco a Foucault si se asume que él se contenta con vínculos fáciles, como saber-poder-verdad o razón-exclusión-represión. Más bien, es preciso insistir que en su obra la razón no cede su espacio a la sinrazón, y que lo que nos “amenaza, como lo que nos sirve, no es tanto la razón como las diversas formas de racionalidad, una acumulación acelerada de dispositivos racionales, un vértigo lógico de racionalizaciones que se utilizan corrientemente” (Blanchot, 1992, p. 91). En el decir de Foucault, citado por Blanchot: “la racionalización de lo abominable es un hecho de la historia contemporánea. Lo irracional no adquiere por eso derechos imprescriptibles”. Así, que Foucault descubra –en la senda de Nietzsche, Blanchot, Duras- la íntima y fecunda relación escribo-deliro, la escritura como desastre o como juego insensato, no supone ceder a la irracionalidad en la que se soporta tantas veces la política, o a la irracionalidad en la que se abisman las llamadas ciencias del hombre cuando fetichizan los más groseros métodos de investigación positivista, o la inexorable irracionalidad que asiste en buena medida el mundo de las instituciones.

Postura difícil y privilegiada la de Foucault: ni historiador, ni sociólogo, ni psicólogo, ni filósofo metafísico, ni estructuralista... ¿dónde se halla entonces? Entre la filosofía tradicional y el abandono de todo espíritu de la seriedad, como corresponde al juicioso lector de Nietzsche que fuera. Sobre todo, Blanchot celebra el giro postrero de Foucault –superando o



desinteresándose de los combates apasionados- hacia la necesidad de remontar la escena moderna y llevar a cabo una travesía por la antigüedad greco-romana. Esto le supone desplazar el foco de atención largamente centrado en los tormentos de la sexualidad y los proliferantes discursos en torno a ella, para avanzar hacia la sencillez de los placeres. Con su estilo igualmente brillante y preciso, pero más sosegado, Foucault asume su proyecto final: “ante todo, voy a ocuparme de mí mismo”. Se trata de un exigente viraje de la ética hacia una est-ética de la existencia.

Quizá la amistad le fue prometida a Foucault como un “don póstumo”, más allá de las pasiones y los problemas teóricos e ideológicos; así, Blanchot cierra su texto diciendo:

Atestiguando en favor de una obra que necesita ser estudiada (leída sin prejuicios) antes que alabada, pienso permanecer fiel, aunque fuere torpemente, a la amistad intelectual que su muerte, para mí muy dolorosa, me permite hoy declarar: mientras rememoro las palabras atribuidas por Diógenes Laercio a Aristóteles: «*Amigos míos! No hay amigos*» (Blanchot, 1992, p. 106)

Bibliografía

- Blanchot, M. (1977) *Falsos pasos*. España: Pre-textos
- Blanchot, M. (1987) *La escritura del desastre*. Venezuela: Monte Ávila
- Blanchot, M. (1992) *Michel Foucault tal y como yo lo imagino*. España: Pre-Textos
- Blanchot, M. (2001) *El último hombre*. España: Arena libros
- Blanchot, M. (2002) *Thomas el oscuro*. España: Pre-Textos
- Blanchot, M. (2003) “Tiempo después”. En: *La eterna reiteración*. España: Arena Libros
- Blanchot, M. (2004) *El espacio literario*. España: Paidós
- Blanchot, M. (2005) *El libro por venir*. España: Trotta
- Blanchot, M. (2007) *La parte del fuego*. España: Arena libros
- Blanchot, M. (2008) *La conversación infinita*. España: Arena Libros
- Blanchot, M. (2009) *Aquél que no me acompañaba*. España: Arena Libros
- Foucault, M. (1979) *Microfísica del poder*. España: La Piqueta
- Foucault, M. (1993) *Historia de la sexualidad II: El uso de los placeres*. España: Siglo XXI
- Foucault, M. (2010) “La escena de la filosofía”, “Estructuralismo y posestructuralismo”, “Prefacio a la transgresión”, “La prosa de Ac-teón”, “El pensamiento del afuera”, “Locura, literatura, sociedad”. En *Obras esenciales*. España: Paidós





Calle 59A No. 63-20, Autopista Norte,
Núcleo El Volador, Bloque 43, oficina. 419

Conmutador: (57-4) 430 98 88 Ext. 46218 Fax: (57-4) 260 44 51

Correo electrónico: redestetica_med@unal.edu.co

Medellín, Colombia, Sur América